

## CAPÍTULO 18

### ÉTICA ECOLÓGICO-CULTURAL

#### 18.1. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Una problemática que supera, en parte, la división actual del mundo capitalista y socialista es la cuestión ecológica y la de la cultura como realidades éticas.

El hombre, que apareció sobre nuestro pequeño planeta Tierra hace algo más de tres millones de años, aunque como *homo sapiens* sólo hace unos doscientos mil años, de ser una especie mínima, sólo terrestre (que no volaba como las aves ni se sumergía en las aguas como los peces), ha llegado a dominar toda la tierra ya domesticar prácticamente todas las especies animales, a las que come sistemáticamente, conserva en sus zoológicos o tolera en sus parques «naturales» (que por ser «parques» ya no son naturales).

Leemos en los periódicos que los bosques europeos se mueren, que las aves no pueden ya realizar sus migraciones, que los peces del Mediterráneo o de ciertos ríos de países industriales perecen, que la contaminación ambiental ha llegado en la ciudad de México a niveles mortales, que hay fugas de gases letales en India, que los residuos de radiactividad atómica se amontonan, poniendo en peligro la vida de las ciudades cercanas. Las gigantescas realizaciones tecnológico-científicas se vuelven contra la vida. Y, al mismo tiempo, se conoce que una pretendida cultura universal se va extendiendo, dominando y aniquilando a las culturas autóctonas, a las etnias, tribus, naciones periféricas, pueblos enteros como los de América La-

tina, África o Asia. Junto a la naturaleza desaparece la diversidad cultural de la humanidad.

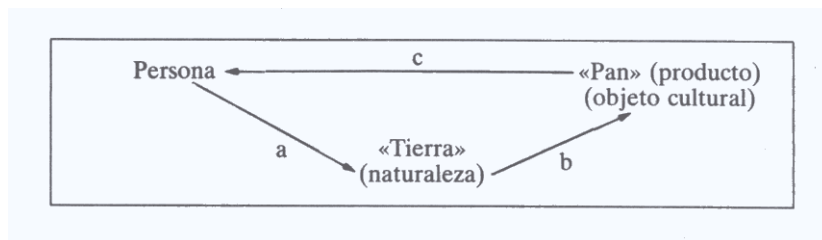
Leemos en la Sagrada Escritura:

«Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era un caos informe; sobre la faz del abismo, la tiniebla. y el aliento de Dios se cernía sobre la faz de las aguas. Dijo Dios: "Que exista la luz". y la luz existió... "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que ellos dominen los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos y todos los reptiles..." y vio Dios todo lo que había hecho: y era *muy bueno*» (Gén 1,1-31).

Dios creó todo «*muy bueno*». ¿Qué ha hecho hoy el hombre de la creación de Dios y la producción cultural de toda la humanidad anterior?

## 18.2. PERSONA, NATURALEZA, PRODUCTO: LA «POIESIS»

Hemos visto (1.2) que la *praxis* es relación «persona-persona»; es una relación práctica, una acción entre dos seres humanos. Dijimos, de paso y al final, que *poiesis*, en cambio, es la relación «persona-naturaleza». La relación *de trabajo* «persona-naturaleza-producto» es una acción productiva, fabricativa, trabajo (11), porque hay un tercer término: el producto. La relación entonces es triple, y cada término de las relaciones determina diferentes cuestiones:



La relación «persona-naturaleza» puede ser de mera mirada, pasividad, admiración, conocimiento (flecha *a*) (cultura teórico-contemplativa). Sólo cuando es una relación de trabajo, de transformación de la naturaleza por la actividad hu-

mana, se sigue un producto humano, cultural, que no es meramente «natural» (flecha *b*) (cultura tecnológico-productiva). El pasaje de la naturaleza al producto es un proceso productivo, tecnológico, implementado hoy por la ciencia. Por su parte, la distribución o el consumo del producto (flecha *c*) es el momento de la subjetivación de lo que el hombre en parte ha objetivado. No es la cultura objetiva (objetos culturales materiales o simbólicos), sino los modos de consumo, de uso, de satisfacción (cultura subjetiva o costumbres, desde el gozo culinario hasta el religioso o espiritual).

Tanto la moral como la ética (3.2) constituyen este triángulo relacional con una determinación práctica propia. Porque las -relaciones con la naturaleza y el producto están mediados o se dirigen a *otras personas*, tienen siempre también un estatuto *práctico*, moral o ético. Tanto la cuestión ecológica (no sólo la naturaleza, sino la «casa» del hombre) y la cultural (el «culto» a la tierra) son humanas, prácticas entonces.

### 18.3. LA «MADRE TIERRA»

Desde la antigua «pachamama» de los incas o la «cuahtlicue» de los aztecas, y aun la «terra mater» de los romanos, la tierra es considerada por todos los pueblos agrícolas y nómadas como la madre de la vida, del alimento, de la fertilidad. La tierra es el suelo fundamental, «donde» se vive, «de donde» se vive. De su seno materno surge la papa andina, el maíz mesoamericano, el trigo y el racimo de la vida para el pan y el vino del Mediterráneo.

La tierra, en su fecundidad natural, origina materialmente la riqueza fundamental, el «valor de uso» primigenio, primero. Sin dichas cosas «naturales» el hombre no podría realizar ningún trabajo. Al fin, todo trabajo es transformación (cambiar la *forma*) de dicha materia parida por la tierra.

Pasivamente entonces, la tierra como paisaje, como lugar donde comer, vestir, habitar, como horizonte todavía sin fronteras; la naturaleza agreste, salvaje, caótica..., es la naturaleza que toca nuestra piel, donde el hombre hace su casa (*oikía* en

griego: *ecología*). Se origina así la dialéctica persona-cosmos, el surgimiento de la naturaleza como *hábitat*.

De esta tierra toma el hombre, como hemos dicho, la madera, la que, por el descubrimiento del fuego, es calor, seguridad, luz. En esa tierra descubre la caverna como casa, la piedra como puerta, sus frutos como alimentos, los animales que llegará un día a pastorear para reponer sus proteínas o para usar su piel como vestido. Tierra nutricia, acogedora, protectora, materna. Es la bella naturaleza del esplendor de las auroras y atardeceres, de los riachos de las montañas, del cantar de los ruiseñores, de la bravura de los mares, del perfume de la rosa...

#### 18.4. DESTRUCCIÓN DE LA TIERRA

Pecado es destruir la obra creada por Dios. La persona humana es la obra más perfecta, pero igualmente la tierra es obra de Dios. Su destrucción, como aniquilamiento del lugar de la historia, de la humanidad, de la encarnación, es falta ética gravísima.

La tierra, que era un jardín, el del paraíso, se ha transformado por la especie humana en un inmenso basurero. El hombre no habita ya respetuoso sobre la *terra mater*, sobre la «hermana tierra» de san Francisco de Asís. El «hermano sol» difícilmente se ve ya radiante en la ciudad de México, cubierta por un manto de *smog*.

La tierra, como mera materia explotable, destruible sin límite, rentable, causa del crecimiento de la tasa de ganancia -y aun de la mera producción-, es un momento más de la acción *dominadora* del hombre. Este cambio de actitud de la persona-naturaleza culmina con la revolución industrial y llega a alucinantes proyecciones en el estado actual del capitalismo trasnacional, sociedad agresivo-destructiva de la ecología natural, que corrompe la naturaleza como un momento interno al proceso de dominación sobre los otros hombres, sobre los pobres, las clases dominadas, los países periféricos.

Las trasnacionales colocan en los países subdesarrollados

las industrias más contaminantes con las menores garantías de seguridad. Los desechos de las fábricas matan los peces y los vegetales de los mares, enrarecen la atmósfera con gases asfixiantes, aniquilan a los productores naturales de oxígeno (como los bosques y las algas de los océanos). ¡Estados Unidos roba aun a la periferia hasta su oxígeno, ya que consume más del que produce! El Club de Roma alerta en sus dos informes sobre la extinción de los recursos no renovables. La respuesta es aumento de contaminación..., el colapso ecológico gigantesco crece. Llega el momento en que la naturaleza, como por un acto de venganza cósmica, exterminará a la especie *homo* de la superficie del planeta Tierra. El pecado de la injusticia económica, política, de dominación sobre el hombre, lleva incluida la lógica de la muerte de la naturaleza. Pero «el que a hierro mata a hierro muere».

Pero... la tasa de crecimiento de la ganancia no oye razones. Prefiere la extinción de la *vida* a su muerte como capital.

## 18.5. ECOLOGÍA Y LIBERACIÓN

La guerra atómica (15.5) y la muerte de la vida natural del planeta parecieran anunciadas en el Apocalipsis (6,1-8; 9,13-21). En realidad son el fruto de la Bestia (2.10 y 12.10), pero son los pobres los que más sufren su consecuencia.

La naturaleza, la tierra, su biosfera y atmósfera, sus aguas, son heridas mortalmente. Pero el crecimiento destructivo no es lineal, sino orgánico; es decir, las regiones del centro resistirán mejor la crisis; la periferia, las naciones pobres, morirán antes. La crisis es mundial, pero los responsables políticos, económicos y militares del sistema destructor de la naturaleza hoy en el mundo son las potencias desarrolladas del centro, ya que contaminan en más de un 90 % la tierra, aunque poseen el 30 % de la población mundial.

Ese centro industrial jamás se autodeterminará a reducir su crecimiento de ganancia -y quizá aún de producción-, porque sería el fin del sistema, cuya esencia se cifra en un irraccio-

nal crecimiento acelerado. ¿Acaso algunos milagros tecnológicos regenerarán el equilibrio ecológico destruido? No parece, y es posible que la salvación, si algún día se alcanza, llegará por otros caminos. ¿No será que una nueva actitud hombre-naturaleza es ya imposible para el capitalismo en la etapa del desarrollo en que se encuentra? ¿No será que modelos de relación hombre-naturaleza más pobres, menos destructores, menos consumidores, más económicos, más pacientes, más populares, más respetuosos de la tierra, sólo podrán surgir en pueblos donde el grado de contradicción tecnológica no ha llegado al nivel alcanzado en el capitalismo central desarrollado? ¿No será que la ruptura del sistema destructor se producirá cuando las relaciones persona-persona sean redefinidas? Cuando los pueblos periféricos se liberen, ¿no producirán una inversión en la relación, no sólo Norte-Sur, sino Igualmente hombre-naturaleza?

## 18.6. CULTURA

La teología de la cultura es un capítulo de la teología del trabajo (II) -partes constitutivas de nuestra teología de la liberación:

«El hombre, cuando con el trabajo de sus manos o con la ayuda de los recursos técnicos, cultiva la tierra para que produzca frutos y llegue a ser morada digna de toda familia humana..., cumple personalmente el plan mismo de Dios» (GS 57).

El fruto del trabajo, en la Biblia, es el «pan»; sacramentalidad eucarística, satisfacción como alimento, esencia de la cultura humana (véanse 1.6, 4.9, 6.7, 6.8 y 6.10). La cultura es primeramente agri-cultura: culto a la tierra como trabajo de la naturaleza. El trabajo mismo es la sustancia de la cultura, su esencia última, su determinación fundamental, en el sentido de que su ser como *actualización* del hombre por el trabajo es un *modo de producir* la vida humana, de autoproducirla, de crearla. Antes que los objetos, o aun los modos de consumo de dichos objetos culturales, la cultura es un modo de trabajar .

Por un lado, cultura es *poiesis* o producción *material* de ob-

jetos, tanto el hábito productor (técnica, tecnología, arte) como la totalidad sistemática de los instrumentos del trabajo o de los objetos producidos. Es la cultura material. La relación trabajo-tierra-pan (acción humana creativa, naturaleza, producto) es entonces el nivel material esencial de la cultura. El «pan» eucarístico.

Por otro lado, cultura es *poiesis* o producción *simbólica*, como la expresión espiritual de la producción material. Todo objeto cultural material es siempre *símbolo*, y todo símbolo dice relación a lo material (aunque sea la necesidad del comer, amar sexualmente, etc. , dimensiones profundamente *carnales* y las más simbólicas de todas) .

La totalidad simbólica es la cultura espiritual "de un pueblo. La síntesis dialéctica de la cultura son los modos o estilos de vida (*ethos*), que es la totalidad tanto de la producción, de los objetos materiales y simbólicos, como modos de consumo vividos por la comunidad en la unidad de la historia, de las actitudes ante los valores (valores que se constituyen desde un «núcleo» generador de sentido del grupo humano concreto).

En este sentido «el Hijo encarnado habló según los tipos de cultura propios de cada época» (GS 58). Y, sin embargo, «la Iglesia, enviada a todos los pueblos sin distinción de épocas y regiones, no está ligada de manera exclusiva e indisoluble a raza o nación alguna..., puede entrar en comunión con las diversas formas de cultura» (GS, ib).

## 18.7. DOMINACIÓN CULTURAL

El pecado en el nivel de la cultura, del cual la misma Iglesia no puede declararse inocente porque de hecho se identificó durante muchos siglos a la sola cultura occidental (la *cristianidad*), es la dominación de una cultura sobre otra.

En la teología contemporánea se habla mucho de la cultura, en especial en África y Asia. La cuestión es esencial; pero debe descartarse un cierto «populismo» teológico (13.8), una cierta «etnoteología» que pretende situarlo todo en el nivel de la cultura (para negar el nivel político y el económico y

comprendiendo cultura en el solo sentido «simbólico» de la cultura popular), olvidando la contradicción entre las *muchas culturas* existentes. La cultura latinoamericana o africana no es «una»; son «muchas» y en contradicción, dominando unas a otras, en una estructura de pecado.

Desde el siglo XVI, para no irnos más lejos aún, la cultura hispánica o lusitana, y después la inglesa, francesa, etc. , y recientemente la norteamericana (18.8), se expandieron por la conquista y la colonización sobre las culturas periféricas (aztecas, incas, bantúes, de la India, China, etc.); las dominaron, en algunos casos las aniquilaron totalmente, en otras parcialmente, en otras las situaron al nivel de la barbarie, el salvajismo, la bestialidad. Sus dioses eran demonios, sus símbolos hechicería, sus tradiciones mentira e ignorancia, sus danzas indecencia e inmoralidad.

Las cristiandades moderno-europeas (católicas y protestantes) dieron a la historia humana del tercer mundo el testimonio escandaloso de destruir las culturas ajenas, del prójimo, del otro, en nombre del cristianismo. Escándalo universal que todavía no se ha juzgado, culpado y pagado su culpa. Pero hay otros tipos de pecado cultural, más recientes unos (18.8), en el orden nacional otros (18.9).

## 18.8. CULTURAL TRASNACIONAL

Invisible y dejada en el olvido está la dominación cultural que se cumple junto a la expansión de las trasnacionales (15) en el período posterior a 1945. Una pretendida cultura «universal» -de la coca-cola, los pantalones vaqueros, las necesidades «modernas» e importadas en el tercer mundo, junto a los productos que las satisfacen- se expande profundamente en los pueblos periféricos. No sólo ven dominados sus Estados, sus ejércitos, sus economías, sino que contemplan casi impotentes la destrucción de sus objetos culturales, sus costumbres, sus símbolos, el sentido de la vida. Es una destrucción «espiritual». «El advenimiento de la civilización urbano-industrial acarrea también problemas en el plano ideológico y llega a amenazar las mismas raíces de nuestra cultura» (Puebla 418).



Es evidente que una «cultura burguesa» de las clases dominantes en los países periféricos se articula a esta pretendida cultura «universal» para poder regir el nivel de la enseñanza, de los medios masivos de comunicación, el control de los organismos de investigación científica y tecnológica, las universidades. Esta como «cultura ilustrada» -de los que se pretenden «cultos» porque conocen los mecanismos aprendidos externamente de las culturas europea y norteamericana- de liberales en el siglo XIX se transforma en los desarrollistas del siglo XX.

La Iglesia misma se encuentra profundamente ligada a toda esta problemática por su implantación mundial y porque las Iglesias de los países centrales del capitalismo son hegemónicas dentro del catolicismo y el protestantismo y transmiten, aun sin quererlo, las pautas de sus culturas de origen. La dominación cultural usa así frecuentemente a la misma Iglesia como instrumento de dominación.

#### 18.9. CULTURA POPULAR, RESISTENCIA Y CREACIÓN CULTURAL

La propia cultura nacional de un país dependiente y periférico se encuentra entonces escindida, contrapuesta, y lleva en su seno el pecado de la dominación cultural. La cultura de la élite domina la cultura de masas (que controla), de las clases oprimidas (que niega), y está en tensión continua con la «cultura *popular*».

La cultura popular (véase sobre «pueblo» 8.5-8.10), estructurada fundamentalmente en torno al *trabajo* cotidiano (como trabajo productivo en la clase obrera y campesina; como trabajo improductivo, desde el capital, en las etnias, tribus, marginales y otros sectores que guardan «exterioridad», 8.7), es el núcleo desde donde el pueblo ejerce su resistencia centenaria contra los opresores a partir de sus cantos, danzas, religiosidad vigente, «economía subterránea» (autoconsumo o autoproducción invisible a la economía capitalista), solidaridad comunitaria, sistema alimenticio, etc.

Sin embargo, en el régimen de opresión que sufren los pueblos de los países periféricos, la cultura popular debe mimetizarse en las artesanías, en el folclore, en un nivel de cultura despreciada y subalterna. Sólo en los casos en que el pueblo logre organizarse, producir una praxis de liberación (8.10), sólo en esos casos la cultura popular se torna cultura creadora; es el caso de los pueblos que realizan una revolución cultural nacional popular. La Iglesia de los pobres (9.3), las comunidades eclesiales de base, los profetas y santos que se articulan con los pobres, se identifican con ese proceso «creador de cultura» y lo animan, vitalizan y asumen en la liturgia, en la celebración de la Palabra, en el rito en torno al memorial eucarístico: síntesis cultural y económica, donde el «pan» es objeto cultural, sentido desde la Palabra (símbolo cultural) y comido en la justicia. La *comunidad* (1.5) festeja así en su cultura el fruto del trabajo para la vida.

#### 18.10. CULTURA Y PASTORAL POPULAR

La evangelización del pueblo se realiza en su cultura (EN 18ss). «La fe, y, por consiguiente, la Iglesia, se siembran y crecen en la religiosidad culturalmente diversificada de los pueblos» (Medellín, *Pastoral popular* 5). En efecto, la cultura popular es el lugar en donde la fe del pueblo se vive, se realiza, crece. La Iglesia católica, e igualmente las protestantes, por ser «universales» o implantadas principalmente (en cuanto al control y hegemonía de sus métodos pastorales) en los países centrales, tienen dificultad para vivir *desde dentro* la vida cristiana como vida religiosa cultural popular. En África y Asia esto es evidente (ya que la diversidad de razas, lenguas y hasta religiones y culturas autóctonas aún pujantes y plenas de vida, impiden una fácil dominación de la cultura europea a través del cristianismo). Pero en América Latina esta dominación pasa más inadvertida. Las Iglesias en cada país creen, por ser criollas, que comprenden a su pueblo oprimido. Sin embargo, las distancias culturales entre sus élites o estructuras jerárquicas y el pueblo cristiano mismo (dualismo que es residuo de la cristiandad colonial y las sucesivas dominaciones) son inmensas.

Sólo el pueblo mismo puede evangelizar al pueblo desde su propia cultura popular. Por ello es esencial, en el proceso evangelizador de liberación, que desde la *comunidad* eclesial popular misma el «pueblo evangelice al pueblo» en la identidad de su propia cultura. En ello va el destino de la Iglesia en América Latina y en el mundo periférico del África y Asia.

Esto, ya comprendido en la Iglesia, no significa que haya igualmente sido aceptado por los movimientos revolucionarios. Sin embargo, estos últimos mismos van dando grandes pasos en la reformulación de la cuestión de la cultura y religión del pueblo latinoamericano, como momento privilegiado en la motivación de los cambios revolucionarios que hoy necesitamos.

## Conclusiones

Como hemos visto, la cuestión del trabajo determina la doble relación de la «persona-tierra» (ecología) y «persona-pan» (cultura). La destrucción de la naturaleza y la aniquilación de la cultura de los pobres corre pareja: es fruto del pecado, del pecado de dominación del «rico» (pecador) sobre el «pobre» (el Job dominado) (2.2). Destruimos la tierra en la que vivimos y destruimos las culturas de los dominados en su dignidad, en su belleza, en su multiplicidad espléndida como los «lirios del campo», porque el ídolo es un dios de la muerte y odia la vida (2.8, 3.5 y 12.10).

El pobre es así dominado y explotado por el pecado: como trabajador (11.12), como nación pobre (13), como asalariado de la nación pobre (14), torturado y aniquilado por las armas del imperio y esquilado por créditos que no contrajo ni usufructuó, pero que debe pagar con su sangre (15), violentado desde siempre y acusado de violento cuando defiende con derecho y justicia al inocente (16), y cuando logra en algunos casos superar este régimen histórico de injusticia debe nuevamente comenzar a luchar por mayor participación en la gestión de la producción, por mayor libertad y democracia (17). De todas maneras, ese pobre, esas clases dominadas, ese *pueblo*, porque es justo en cuanto dominado, en cuanto dominado por el pecado, es el sujeto del reino de los cielos (5.8), es el «pue-

blo de Dios», el que resiste, no se entrega... y sabe festejar.

Debemos preguntarnos en grupo:

¿Cuáles son los pecados ecológicos de nuestra época?

¿Quiénes son responsables de los pecados ecológicos?

¿Cómo puede articularse liberación de los pobres y supervivencia ecológica?

¿Qué es cultura?

¿Qué tipo de pecados o dominación cultural puede haber?

¿Por qué la pastoral popular debe partir de la cultura popular?